

SOCIOLOGÍA DEL FRANQUISMO O EL FRANQUISMO EN LA SOCIOLOGÍA

Ignacio Sotelo
(*Universidad Libre de Berlín*)

El libro de Amando de Miguel —*Sociología del franquismo*. Análisis ideológico de los ministros del Régimen, Barcelona, 1975— plantea al lector un peliagudo problema de clasificación. Desde el arranque el autor nos advierte que «en este libro es el subtítulo lo que cuenta». Pero con ello no quiere implicar que su libro no haya que considerarlo una obra científica de sociología, sino únicamente que su contenido responde tan sólo a un aspecto parcial —la ideología explícita de la élite gobernante—, entre otros muchos temas que habría que tratar en una «sociología del franquismo». En principio esta concentración en un tema no tiene nada de reprochable. Antes al contrario, el científico social rehúye con especial pavor los análisis globales de fenómenos sociopolíticos harto complejos, en los que las elucubraciones personales sustituyen al dato empírico. Tiene razón Amando de Miguel, para la gran obra sintetizadora sobre lo que realmente ha significado el franquismo, es muy pronto todavía: aún son precisas multitud de monografías, y por ahora hay que dar prioridad a la investigación de aspectos concretos.

En efecto, toda obra científica que pisa terreno nuevo se caracteriza, tanto por la delimitación nítida de un campo definido como por la relevancia que se atribuye a la perspectiva parcial que se ha elegido. La realidad es infinita e indeterminada: centrar la atención en un aspecto especial, dedicándole el enorme esfuerzo de una investigación, supone el convencimiento de que el tema vale la pena. Y ello presupone una perspectiva teórica. Así como no hay ciencia social sin base empírica, tampoco la hay sin una dimensión teórica que dé significado a los hechos que se recolectan. Amando de Miguel duda «del valor sociológico que pueda tener un análisis del pensamiento y de la figura pública de sólo unas cuantas docenas de personas». Y la duda no es mal comienzo para dar cuenta de su elección. ¿Por qué aproximarse al fenómeno del franquismo, partiendo, precisamente, de su dimensión ideológica? ¿Por qué esta dimensión se mostraría de forma más nítida en los escritos y declaraciones de los ministros, que en los órganos de comunicación de masas —análisis de los comentarios radio-

fónicos o televisados, o de la prensa en su período de control absoluto—? Entre los textos más interesantes que se citan están las consignas de la Delegación General de Prensa. ¿Por qué no considerar los escritos «teóricos» que ha producido el régimen a través de algunas de sus instituciones —Instituto de Estudios Políticos, Editora Nacional— encargadas, justamente, de elaborar o de propagar la ideología oficial? ¿Acaso no sería más revelador el análisis de los libros de texto, de primera y segunda enseñanza, en las distintas etapas del régimen?

Lo sorprendente es que el autor no se haga ninguna de estas preguntas: nos quedamos sin saber cuál es el valor de un análisis ideológico en la comprensión del franquismo, y naturalmente, a nivel más general, qué significan las ideologías en la práctica política. Y si aceptamos la importancia del factor ideológico, que yo por lo menos estoy muy lejos de desdeñar, tampoco se nos aclara por qué la ideología del franquismo se expresaría mejor en los escritos y discursos de los ministros, que en otros textos publicados o inéditos que podrían ser objeto de análisis. En los puntos en los que el científico pretende la máxima claridad —razones para la elección del tema, interés cognoscitivo, así como los métodos que ha aplicado— el autor prefiere no destaparse, y no sería correcto hacer suposiciones extracientíficas. El haberse reducido a considerar el pensamiento de unas cuantas personas que han ocupado los puestos más altos de la Administración, se justifica apelando al truismo de que, «después de todo, la realidad, al nivel de las más altas decisiones políticas, es también un conjunto de personas concretas, un número a veces asombrosamente reducido», donde lo único que asombra es este «también». En cuanto a la finalidad de la investigación, se trata de documentar «las declaraciones ideológicas de los colaboradores inmediatos de Franco», que el autor considera una «delicia», invitándonos a leerlas en voz alta, pues no en balde constituyen «una bellísima sinfonía de palabras, conceptos y tropos literarios». Sobre gustos no hay nada escrito. Pero desde esta perspectiva, ya nada tiene de particular que de «la fase más larga, original [*sic*] y discutida de toda nuestra Historia», no pueda extraerse más que «una prometedora fruición estética». Merece consideración especial una obra de «sociología», que en vez de formular sus fines cognoscitivos nos promete no pocas sensaciones placenteras.

Y aquí yace la dificultad de que hablamos al principio: si acorde con título y subtítulo, se supone que nos las habemos con una obra de sociología política —y no con un ensayo de divulgación o con un tratamiento periodístico de un tema que había sido tabú hasta hace poco tiempo—, entonces lo menos que hay que decir es que el libro que comentamos rompe con la mayoría de las pautas establecidas, siendo difícilmente enca-

jable en la ya relativamente abundante literatura sociológica y politológica sobre las ideologías fascistas y de extrema derecha. Tan «original» como sería el régimen franquista, es de seguro el tratamiento que de su ideología hace Amando de Miguel. La finalidad de las páginas que siguen es poner de manifiesto esta originalidad, arriesgando al final, como simple hipótesis de trabajo, una explicación de la misma.

La primera originalidad de este tratamiento es lo que podríamos llamar su *perspectiva doméstica*. El autor no ignora de que, posiblemente, el régimen de Franco no es tan original como él mismo pretende: el prurito de originalidad, de corresponder a las «esencias nacionales», únicas e irrepetibles, es justamente denominador común de este tipo de regímenes. Pero al renunciar a una comparación sistemática con otro u otros regímenes similares, lo que de haberse hecho hubiera puesto de manifiesto la enorme semejanza de todos estos «originales» sistemas ideológicos, el lector inadvertido saca la falsa impresión de que la ideología de los ministros de Franco será todo lo irrisoria que se quiera, pero nadie le negará su originalidad hispánica. Baste con dejar constancia del hecho, en sí mismo harto significativo, de que la perspectiva elegida corrobora el prejuicio de originalidad que caracteriza a estos regímenes.

La reducción al ámbito nacional exige todavía otro precio: al no considerar la abundante literatura sobre los llamados regímenes «autoritarios» —Juan Linz ni es el único ni el primero en utilizar este concepto, aunque los artículos de este sociólogo sean muy dignos de tenerse en cuenta—, ni la discusión actual sobre el fascismo, se escamotea el tema vidrioso de la caracterización del régimen, que se resuelve apodícticamente de acuerdo con la propia interpretación del franquismo, que si no autoritario, se quiere un «régimen de autoridad». Se rechazan los conceptos de «totalitario» o de «fascista», que un día utilizó el régimen con alborozo, pero que hoy resultan ofensivos. No me inclino sin más por encajar el franquismo entre los movimientos fascistas, pero no faltan las razones a favor, como en contra, de modo que es tema muy digno de discutir, sin que se pueda despachar tan fácilmente. Así como se ha hablado de un «fascismo de izquierdas», podría definirse un «fascismo del subdesarrollo», en el que el franquismo podría tener un valor paradigmático. En todo caso, el que la falange no realizase su programa económico en lo que tenía de anticapitalista, absuelve tanto al régimen del calificativo de fascista, como a Hitler el que acabase eliminando, incluso físicamente, a la izquierda de su partido, sometiendo a un movimiento que se quería tan furiosamente anticapitalista como anticomunista, a los intereses del gran capital. Pues abundan los que piensan que el fascismo, lejos de oponerse al capitalismo, como reza su ideología oficial, es expresión cabal de sus intereses en

determinadas circunstancias de honda crisis social. Bien pudiera suceder que los distintos tipos de fascismo, el italiano, el alemán o el español, difieren tanto entre sí, como es distinta la base económica y el grado de desarrollo del capitalismo en cada uno de estos países. No se olvide que el fascismo italiano mantuvo buenas relaciones con la Iglesia y que la monarquía era la forma de estado. La discusión en torno al posible fascismo español sigue abierta, y no se va a suprimir por el simple hecho de cubrir al régimen con el manto más decoroso del autoritarismo, concepto por lo demás que exige una crítica clarificadora que se sale del margen de una recensión.

Más grave me parece una segunda originalidad del autor: la falta de perspectiva histórica, tanto en lo que se refiere al origen de las ideas, como a la evolución de las ideologías que comenta. El autor coincide con Antonio Fontán en que la «España nacional» está en lo fundamental unida en 1936 por «una cierta filosofía política común». «Esa cierta filosofía política común —añade De Miguel— es para mí la esencia de lo que después sería el franquismo.» Entonces, lo que no se entiende es por qué el autor, en vez de dar rienda suelta al comentario anecdótico, no se ha ocupado seriamente de definir, emplazar socialmente y sobre todo situar en su perspectiva histórica esa «cierta filosofía política común» que constituiría nada menos que la esencia del franquismo, y que, desde luego, en 1936 ya había granado por completo: catolicismo integrista, autoritarismo, antiliberalismo, nacionalismo, etc. En realidad, difícilmente cabe exponer la ideología franquista, sin incluirla en su propio contexto histórico: el pensamiento católico y tradicionalista que se opone a la modernidad, cuya expresión terrorífica fue la Revolución francesa. La ideología franquista, como la de derechas en general, sólo se entiende desde la reacción del «antiguo régimen» contra los principios de la revolución burguesa. Valga un ejemplo. De Miguel cita como típica del ministro Arias Salgado una frase tan conocida como la siguiente: «En el fondo de toda cuestión política hay una cuestión teológica» (p. 318), sin reparar que es precisamente el título del capítulo primero —«De cómo en toda gran cuestión política va envuelta siempre una gran cuestión teológica»— del libro de Juan Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, frasecita que, claro está, a pesar de su tono tan hispánico, hasta franquista, proviene del integrismo francés, concretamente de Joseph de Maistre, que nuestro Donoso tanto espulgó. De Miguel sustituye la perspectiva histórica por la anécdota —algo hay que decir— y comenta: «El propio Arias Salgado y su Director de Prensa, Adolfo Muñoz Alonso, se han venido disputando el título de “teólogo del Régimen”, según apreciación popular.» Si De Miguel hubiera tenido en cuenta el pensamiento

francés, tanto el integrista del XVIII, como el tradicionalista del XIX, se hubiera ahorrado multitud de sorpresas, al encajar muchas de las declaraciones de nuestros ministros en su verdadero contexto histórico, y además hubiera podido rastrear las fuentes literarias de un estilo que al parecer tanto le fascina.

Pero no sólo falta toda mención al origen de las ideas que se comentan, sino que, a pesar de partir de la evidente evolución del régimen —De Miguel distingue al comienzo de su libro tres etapas fundamentales—, no pone en relación cada una de estas etapas políticas con sus correspondientes contenidos ideológicos, de modo que quede claro, por un lado, la evolución ideológica del régimen, y por otro, qué contenidos pueden considerarse esenciales, en cuanto constantes, y cuáles provienen de las necesarias adaptaciones a los condicionamientos externos o al desarrollo interno. La parte tercera, que se ocupa precisamente de los componentes ideológicos del franquismo, constituye un verdadero calvario para cualquiera que tenga cierta sensibilidad histórica. En 11 categorías se comprimen contenidos ideológicos que tuvieron vigencia en distintos momentos. Ni siquiera se tiene en cuenta que las categorías que resumirían la esencia de la ideología franquista, de ningún modo pueden aplicarse *todas* a los cuarenta años de franquismo. Pues si bien «el paternalismo elitista» pudiera ser atributo del régimen desde su principio, el «tecnocratismo desarrollista» habría que instalarlo a partir de la década de los sesenta.

La desazón del lector proviene de la dificultad de encajar el libro en un género preciso. Como obra científica, rompe con las pautas establecidas: es mucho más vivaz y personal, pero también menos elaborado, sin esa lenta sedimentación y ese regusto por el último detalle bibliográfico o metodológico que caracterizan al trabajo del *scholar*. Aunque está escrito con la soltura del buen periodismo, e incluso para mi gusto con demasiada sal anecdótica, no oculta la formación sociológica del autor. Introduce algunos conceptos útiles que, como el de «ministrable», pueden hacer fortuna en el vocabulario de la ciencia política. En todo caso, a lo que no cabe reducir el libro, es a lo que, con excesiva modestia, anuncia el autor a su comienzo, una especie de antología comentada del pensamiento político de los ministros de Franco, valiosa por sí misma como testimonio de época. No sería mala idea confeccionar una antología del pensamiento franquista, con «perlas» como las que cita De Miguel y con textos representativos para cada una de las etapas de la dictadura. Pero en la obra que comentamos es éste un aspecto relativamente secundario, que queda desplazado por mayores ambiciones.

En realidad, se trata de tres capítulos distintos de esa especialidad que De Miguel llama «sociología del franquismo». El primero es un intento

de periodización del régimen de Franco en tres etapas fundamentales: «la era azul», «la tecnocracia» y el «funcionariado». El segundo, a mi parecer el menos original e interesante, consiste en una descripción de las «familias políticas del régimen»: el concepto proviene del vocabulario político mexicano y hubiera valido la pena haber sacado la miga pertinente a este hecho. Pero ya se sabe que Amando de Miguel tiene especial animadversión por los *comparative studies*. El tercero, que es el que mejor responde al subtítulo, se esfuerza por comprimir y ordenar el pensamiento político de los ministros de Franco en una docena de categorías. Dos observaciones todavía. La primera se refiere a la distinción de Amando de Miguel entre «tecnocracia» y «funcionariado», concepto este último en extremo original (!), que ha tenido que crear el autor para dar cuenta de la «originalidad» (!) del régimen español. Uno no da crédito a sus ojos cuando lee: «El funcionario-político, una de las más originales creaciones del franquismo, que rompe un poco la tradicional neutralidad burocrática según el clásico modelo weberiano» (p. 86). En uno de los trabajos políticos fundamentales de Max Weber, «Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland» (1918), que ha de andar traducido a varias lenguas, Max Weber para dar cuenta del régimen de Bismarck introduce el concepto, desde entonces ya clásico en la ciencia política, de *Beamtenherrschaft*, es decir, «poder político de los funcionarios», que contrapone a *politisches Führertum*, es decir, «liderazgo político». Para Weber, la esencia del régimen de Bismarck consiste en haber asentado un poder personal indiscutible en base a haber eliminado de hecho, aunque no de derecho, parlamento y partidos de la vida pública, es decir, las instituciones imprescindibles para que cuaje un «liderazgo político». El poder personal ilimitado en la cúspide del estado exige el que el «liderazgo político» quede sustituido por el «poder de los funcionarios». En cambio, en el modelo democrático se aspira a que los «políticos», que se han seleccionado en la ardua lucha parlamentaria, tomen las decisiones, mientras los «funcionarios» las cumplan. Porque si la política, como piensa Weber, consiste en tomar decisiones, a veces en extremo arriesgadas, el funcionario que ha hecho su carrera obedeciendo y no saliéndose de la norma, es el peor de los políticos concebibles. La burocracia sirve para todo, menos para decidirse. Weber ha meditado largamente sobre la «herencia de Bismarck» y sus consecuencias políticas catastróficas para el Imperio. Desaparecido el «gran hombre» que se había reservado en exclusiva la toma de decisiones, y manteniéndose los mecanismos que habían impedido el que se constituyera una élite política, los mejores funcionarios del mundo dieron prueba de su absoluta impotencia política.

Lo grave no es tanto el que Amando de Miguel ignore conceptos básicos

de la sociología política de Max Weber. Lo que me parece más sintomático, y por tanto más digno de tenerse en cuenta, es el tipo de relación con el quehacer científico, que en su actitud pone de manifiesto. Confrontado con un descubrimiento tan enorme como es la categoría del «funcionariado», es decir, el «poder político de los funcionarios», la *Beamtenherrschaft*, y sospechando que con ella corregía «el clásico modelo weberiano», lo que cualquiera hubiera esperado es que antes de dar a la imprenta tan brillante descubrimiento hubiera releído con atención a Weber con el fin de fijar con alguna precisión los puntos de su desacuerdo.

La segunda observación se refiere a las categorías, verdadero cajón de sastre, con que De Miguel ordena la ideología del franquismo. Ya hemos mencionado un primer desacuerdo: están concebidas desde un formalismo ahistórico, sin tener en cuenta el período de su vigencia o la forma de su evolución. Y si en la realidad social nada permanece quieto, nada hay tan movable como las ideas. Pero lo más llamativo es la mezcolanza de criterios en su selección, engarzando en una lista categorías de distinto origen, que a menudo se contradicen, o que son tan elásticas que de hecho pueden aplicarse a la mayoría de los regímenes políticos existentes. Hay un indudable afán de poner al día al franquismo, aplicándole categorías relativamente recientes, que provienen de la órbita latinoamericana, «tercerismo utópico», «tecnocratismo desarrollista», «populismo aperturista», pero que no encajan demasiado con otras que se utilizan, «conservadurismo nacionalista», «nacional-catolicismo», o que son tan flexibles que, en rigor, pueden aplicarse a cualquier gobierno de derechas: «autoritarismo básico», «paternalismo elitista». Al final, el lector se queda en ayunas sobre lo que realmente pueda significar el franquismo. A «la extrema ambigüedad terminológica que respiran los textos de los ministros», responde la extrema ambigüedad sociológica que respira la obra de Amando de Miguel. Pero esta ambigüedad constitutiva del franquismo y de su intérprete, tal vez no sea tan fortuita y carente de sentido político, como a primera vista pudiera parecer.

La dificultad que hemos tenido para encajar genéricamente la *Sociología del Franquismo* subsiste mientras nos empeñemos en juzgarla desde los criterios establecidos por la «comunidad científica internacional». Desaparece en cuanto abandonemos este punto de vista y sigamos la pista que el autor nos da al principio: «Mi testimonio puede tener el interés de estar escrito desde dentro del país y si se quiere del sistema social, aunque no me considere un partícipe gozoso del sistema de poder» (p. 18). Desde el nivel actual de la sociología política, el libro sorprende por su «originalidad»: se mueve en un horizonte estrictamente doméstico, pasando por alto lo que sobre el tema se escribe allende nuestras fronteras; se renuncia

al método comparativo, propio de este tipo de investigaciones; falta por completo una perspectiva histórica, casi consubstancial con el análisis de ideas; sin el menor recato, se acumulan categorías de muy distinto origen, sin señalar el matiz significativo que a menudo añade el autor; crea nuevas cuando le parece bien, sin cerciorarse de si tal vez no existirían ya otras semejantes, o si verdaderamente está justificada la invención, y así, con el mayor alborozo, como Don Quijote en su primera salida, se lanza a descubrir por sí mismo el Mediterráneo. Pero si cambiamos de perspectiva, y consideramos la obra producto del país y de su sistema social, entonces no se le puede negar su gran valor testimonial.

Amando de Miguel no es un hombre del régimen. Como periodista, ha estado siempre al lado de la apertura, las reformas y la democratización. Como sociólogo, ha sufrido la inquina del poder. De ahí tanto mayor el interés de comprobar qué grado de internalización del franquismo no habrán sufrido las clases medias, que uno de sus ideólogos más conspicuo se revela, seguramente contra su voluntad, como el autor de una obra netamente franquista sobre el franquismo. La «originalidad» del franquismo y la de Amando de Miguel se corresponden y se justifican mutuamente: sólo desde una sociología tan «original» como la de Amando de Miguel cabe hacer patente la «originalidad» del franquismo y a la inversa. La perspectiva doméstica, «España es diferente», que caracteriza a la ideología del régimen, el arte de recurrir a un vocabulario político de las más distintas procedencias —conservador, tecnócrata, obrerista—, todo ello lo reproduce De Miguel a nivel sociológico. Confrontado con el análisis sociológico que de la ideología del régimen ha hecho Amando de Miguel, el lector sólo saca en limpio que tanto la ideología como el régimen mismo son tan originales, tan maleables, que difícilmente pueden subsumirse en alguna de las categorías al uso —fascismo, totalitarismo, populismo, dictadura, etc.—, a no ser en la muy complaciente y genérica de «régimen autoritario» o «régimen de autoridad», como preferiría decir un portavoz oficial.

Desde esta perspectiva, ya no nos extraña que el autor, como es uso entre los ideólogos del régimen, eluda las cuestiones esenciales —«No entro ni salgo en la polémica de si el régimen franquista es o no una democracia» (p. 305)— o con toda tranquilidad escriba: «Falange y Opus Dei son de las pocas creaciones ideológicas honda y originariamente españolas que se han producido en este siglo» (p. 257), donde lo que me importa señalar —el contenido de la frase es indiscutible— es la expresión «honda y originariamente española», que no oculta estífticamente su procedencia. Reminiscencias del lenguaje franquista encontramos por doquier. Si el lector tiene gusto y tiempo, podría obtener caza abundante.

Amando de Miguel se había propuesto escribir una antología del pensamiento franquista; lo que ha conseguido es una antología de la sociología franquista, y en este sentido su valor testimonial es incalculable. El «Final», reclamándose discípulo de don Manuel Fraga Iribarne, otro ilustre representante de la ciencia social franquista, es el remache justo para que no quede duda alguna.